

Sieso: la porción ses. Una aproximación a Georges Bataille

Sieso: the ses portion. An approximation to Georges Bataille

Francisco de Borja Cortés Soria¹

bcs82@hotmail.com

ORCID: 0009-0003-2307-124X

Resumen

Lo que aquí se propone es establecer un simulado contacto directo con Georges Bataille, a modo de experimento filosófico, con el fin, si es que existe alguno, de experimentar con eso mismo, con un pensamiento que se expulsa, que sale directo, que deyecta. Tal vez, este modo de proceder pueda dejar en evidencia a una inteligencia artificial que sabe repetir, y muy bien, pero que se corta ante el absurdo del pensamiento, del límite del pensar.

Palabras clave: ano, experiencia, fiesta, metafísica, onanismo, límite, absurdo, risa.

Abstract

What is proposed here is to establish a simulated direct contact with Georges Bataille, as a philosophical experiment, with the goal, if there is one, of experimenting with that very thing, with a thought that is expelled, that comes out directly, that dejects. Perhaps this approach might expose an artificial intelligence that knows how to repeat, but that is held back by the absurdity of thought, by the limits of thinking.

Keywords: anus, experience, party, metaphysics, onanism, limit, absurd, laugh.

¹ Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Zaragoza, España. Doctorando. Actualmente finalizando una investigación que lleva por título *Nihilismo y mascarada. Un falso estudio sobre Pierre Klossowski*, y que será depositada en mayo del presente año.



Fecha de envío: 24/03/2025

Fecha de aprobación: 01/04/2025

Fecha de publicación: 01/06/2025

Extremo final del intestino: el sieso; la porción ses, el ano; he aquí el espacio de acción de George Bataille. El límite es su terreno. Pero eso todo el mundo lo sabe, y es bien sabido porque Bataille se presenta en el mundo literario-filosófico como ese pensador que busca llevar al límite al propio pensamiento y sus categorías. Ahora bien, ¿es esto posible?; ¿existe alguna posibilidad, a día de hoy, de llevar al límite nuestros conceptos heredados? Ya, mi modo de proceder, en este momento, denota tal imposibilidad. Aquí estoy, haciendo las típicas preguntas, y no hay otras, porque solo hay cosas y preguntas típicas. Martin Heidegger, por ejemplo, no hizo más que “preguntar”² por el Ser, por la Cosa, sea lo que sea eso, una pregunta típica que, aun siendo sumamente trasnochada, sonó a *original* y refrescante. No a todo el mundo se lo pareció, ni se lo parece, porque, como es lógico, tal pregunta puede llegar a sonar como la mayor tomadura de pelo de la historia. Desde el amanecer de la analítica del *Dasein*, han pasado casi cien años. Se preguntó por el Ser, habiendo presenciado la Primera Guerra Mundial, y así se sintió obsesión por saber qué es qué, qué es la realidad. Y Heidegger preguntó por la Cosa, por el qué de todas las cosas, por el origen de toda la realidad. Es decir, preguntó por el todo, por absolutamente todo, por medio de una única pregunta; pregunta, al parecer, *originaria*. Origen que, cómo no, debía encontrarse en la Antigüedad, en la Grecia Clásica, ahí donde el pensamiento se daba propiamente. Una parida, efectivamente; un golpe de efecto, no obstante, que ha embelesado a una cantidad ingente de intelectuales y que ha plagado el terreno filosófico-académico de trabajos manufacturados.

Pero ya vale de hablar de Heidegger, ¿no? Heidegger está de moda, lo asumimos, no importa, siempre y cuando no nos creamos sus apologías del pensar, que pueden convertirnos en parte de esa audiencia protocolaria que cree tener un acceso privilegiado y superior a la realidad, solemne y creyente de cuentos grandilocuentes de un pasado olvidado; un pasado originario que,

² Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, Trotta, Madrid, 2016, p. 29.



a su vez, se conectaría con el futuro y que dejaría al presente en tierra de nadie; en tierra de nadie porque, y esto bien lo sabía Bataille, nadie puede apresar tal *presencia*, tal presente. El presente, el momento de la presencia, donde se presentan las cosas, es siempre *ausencia*, de ahí que haya que intervenir en dicha nada. Esto es ya Bataille. Vivo y no hay nada, pienso y lo veo todo, creo ver las cosas como son. Pero nadie ve ni sabe nada. No vemos nada. No hay nada. Pese a todo, nos ponemos a pensar, y es entonces cuando soltamos nuestra matraca; sí, ahí, en la nada, esperando, por puro *ego* y vanidad, que otra gente se la coma, se trague nuestra mierda.

Porque eso es, al fin y al cabo, Bataille: la posibilidad de expulsar, porque sí, todo nuestro grumo intelectual. Ahora bien, jamás conseguimos expulsar nada del todo, siempre quedan residuos en nuestras concavidades más excrementales. Queremos soltarlo todo, cierto, y no soltamos ni tan siquiera la mitad de las inmundicias que conforman nuestro cuerpo, nuestra cabeza embotada por siglos de perogrulladas, sermones y monsergas, siempre con las mismas historias, y todo porque no somos capaces de pensar sino en base a lo que siempre se ha pensado: únicamente dualismos manidos que si no los superamos es porque nos negamos a dejarlos de lado de la forma más inmediata, de la manera más *infantil* a imaginar. ¡Qué fácil sería todo si fuéramos capaces de reír! Pero no es así. Somos incapaces de reír ante la nada, sencillamente porque la nada está lejos de existir, ya que todo es una totalidad totalizante de conceptos totales y totalizantes. Reír no es posible. El niño que ríe es una utopía.

Fragmentos de una risa desencajada, la novela que siempre he querido escribir y que jamás escribiré, la forma de reír ante este mundo, probablemente la novela que tú siempre has querido escribir y que jamás escribirás, no puede ver la luz, y todo porque hay demasiada luz. La novela, la respuesta a mi *ego* sin medida, y al tuyo, si es que ansías escribir una novela – o un ensayo – que visibilice tu pensamiento ahí donde todo es deflagración, ha de permanecer ausente, fuera de lugar, en ningún sitio; no en el margen, sino en la nada. Si quieres que mi novela se haga pública, entonces escríbela tú, escríbela por mí; lo único que te ofrezco es el título, pero si no te convence, cámbialo: destrúyelo. Escribe por mí, como siempre has hecho, como ya hizo Bataille, como ya ha hecho todo el mundo.

Así es. Como dijo un antiguo profesor que tuve, antiquísimo él, “desde Tales de Mileto, todo está dicho”. Soltamos cosas ahí donde todo está dicho, donde, aunque digas algo medianamente diferente, eso es asimismo inmediatamente engullido por la totalidad, convertido



en lo mismo de siempre. Queremos expulsar nuestra hez en la nada, pero el retrete, a saber, nuestro mundo, está colmado de excrementos. No damos abasto. No podemos más. No dejamos de repetirlo, esto es insostenible. Y aun así seguimos echando y echando – más y más – basura. La insostenibilidad de nuestro pensamiento paradójicamente se sostiene perfectamente, hasta que esa simulada perfección deje de ser perfecta y su sostén se venga abajo; ese modo de pensar, el nuestro, que aunque insostenible se sostiene a base de pura creencia en él, es lo que ha de caer. Son nuestras cabezas, ya desde Tales de Mileto, lo que no se sostiene. Son nuestras seseras, duras de mollera, nuestros cerebros, mentalizados, concienciados hasta el extremo en un modo de conciencia en concreto, el modelo occidental acaecido desde Tales de Mileto, lo que no nos permite salir de una conciencia determinada de antemano. Por mucho que, por ejemplo, apelemos al ser-a-la-mano – *zuhandenheit* –, como así hizo Heidegger, ahí donde la mano, el cuerpo, pensaría antes de ser pensada, esa mano, esa concepción filosófica, está ya determinada por una tradición que solo ha sabido pensar y expresarse de una única forma: a través de la seriedad del intelecto; y hoy únicamente a través del trabajo “académico”³.

La verborrea se las trae, y lo cierto es que todo lo es. Lo único que hacemos es elegir la que más nos gusta. Existen verborreas y palabrería de todo tipo, más poéticas o más científicas, pero siempre charlatanería. Da igual a quién leas o a quién escuches, todo lo es. Y cuando lo sientes, sientes que eso es escribir y pensar, escuchar y hablar: notas una punzada en la sección inferior izquierda del abdomen, en pleno colon *sigmoide*; se trata del aviso de un exceso y un absceso, de un empacho y una infección, que te pide a gritos ser expulsada, que expulses todo lo que hay dentro de ti. Porque, al final, ¿qué es escribir y pensar sino soltar la gran deyección? Heidegger apesta, apesta al igual que Kant, de igual modo que Hegel, de manera muy similar a Arendt, y así hasta Tales de Mileto, el que todo lo dijo.

Tal es la situación que ya no podemos decir nada porque, según se ve, todo está dicho. Nos conformamos, pues, con el algo, pero ese algo se nos muestra tan ridículo que anhelamos, de nuevo, la “ausencia”⁴. No en un ejercicio nostálgico, como gusta hacer al pensamiento decadentista, el cual se rige bajo el *dictum* “algo se ha perdido”, sino a través del juego, del goce que supone pensar la pérdida y agradecer la desaparición del Ser. Hay que olvidar lo que nos es

³ Land, Nick, *Sed de aniquilación. Georges Bataille y el Nihilismo Virulento*, Materia Oscura, Segovia, 2021, p. 79.

⁴ Bataille, Georges, *La experiencia interior: suma ateológica I*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2016, p. 237.



propio. Mofarse de ello. Reírse del pasado y reír ante el futuro. Jugar con el presente: soberanía. Todo esto en un acto de hedonismo aniquilante: el disfrute de expulsar las inmundicias que llevamos dentro, que oprimen nuestras entrañas. Una necesidad fisiológica. Así pensamos. Queremos cagar el “peso metafísico”, porque, al fin y al cabo, ¿qué es la metafísica sino un montón de mierda?; ¿qué son nuestras creencias sino deposiciones enquistadas que, lejos de ofrecernos salud, malogran todo lo que hacemos y decimos? La metafísica siempre es un peso, lo sabemos desde hace tiempo, y metafísicas hay muchas, muchas cargas, que diría nuestro amigo Nietzsche⁵. Que te gustan los números y/o las proposiciones lógicas, pues ahí tienes tu lastre, la metafísica positivista; que crees en Dios, que este es la esencia de toda cosa, date al vino de la teología, que al final no es sino una metafísica más; que tu visión de la realidad es netamente materialista, aférrate a la doctrina metafísica de las estructuras sociales; que sientes predilección por pensar que el mundo se muestra en el acto mismo de existir, pues sírvete de la ontología que gustes, ya sea la de la identidad o la de la diferencia, al ser ambas nuevas formas de metafísica. Hay gente que ve el mundo compuesto de hechos y/o evidencias verificables, otra que se pirra y se sacia con la hostia, existe también la que es capaz de comprender la totalidad de lo real en base al estudio de la historia y tenemos, finalmente, a aquella que está-ahí en contacto directo con el Ser. En definitiva, sin comerlo ni beberlo, nos situamos en una metafísica u otra.

¿Cómo deshacerse de todo esto, cómo, en definitiva, olvidar a Platón, su división metafísica, que anula la posibilidad de pensar más allá de la verdad y la apariencia? Tal vez, y solo tal vez, con la risa; para que todo suene a lo que es, a un absurdo; ni una mentira, ni una verdad, sencillamente una multiplicidad de posibilidades en la cual tal absurdidad, lejos de asustar y hacer del pensamiento un fruto del resentimiento, haría proliferar nuevos y más monstruosos pensamientos. Otra metafísica: el mundo carece de sentido; todo tiene su punto “ridículo”⁶, he aquí la soterrada ontología paródica de Thomas Bernhard. Riamos ahí, ante el absurdo y el ridículo: reír ante los dioses, como dioses, ante las autoridades de lo real, con soberanía, ante las imágenes que dominan nuestra carne, con más imágenes, ante las Ideas que engullimos e interiorizamos, con la ebriedad de nuestras palabras.

⁵ Nietzsche, Friedrich, *Fragmentos póstumos IV*, Tecnos, Madrid, 2006.

⁶ Bernhard, Thomas, *Tala*, Alianza, Madrid, 2007, p. 97.



El ser humano occidental es de estómago pantagruélico, su intestino es el de Gargantúa, su boca traga chicos, pero especialmente chicas, es un tragaldabas que lleva centurias, milenios, saciándose hasta el empacho. Nunca es suficiente. Siempre queremos más. Siempre repetimos y exigimos repetir. Constantemente pedimos más carnaza. Y así estamos, así tenemos las tripas, y echamos las tripas por la boca porque ya no podemos más; porque no sabemos gestionar el absurdo de la existencia. Somos exceso. Creemos querer lo mejor, de ahí que antepongamos la “utilidad”⁷ en cada una de las decisiones que tomamos, y al hacer esto, al partir de la productividad, lo que hacemos es precisamente existir y vivir en el hartazgo, en el consumo de bienes inútiles. Gastamos, pensamos en lo que queremos gastar y ese gasto nos desgasta. La lógica es funesta. Qué guiño te hago, Georges. Pero es así, ¿verdad? Nuestro exceso es la obsesión por el confort y la utilidad, dejando así de lado el exceso que tú reivindicaste, el de la fiesta, el del impulso, el de vivir en el límite; ese exceso que permite vomitar gran parte, jamás la totalidad, de la bazofia que nos corroe. Ese es tu estilo. Abre una de tus botellas de vino, o directamente una de *Jäger*, y bebamos. A tu salud. ¡“Azar”⁸!

Como bien sabías, Georges, los tiempos cambian. Con ello, tu nihilismo habría que desbocarlo todavía más. Este mundo está lleno de fiestas, muchas de ellas aburridas, sumamente organizadas. Perdamos el control. Así pues, seamos aguafiestas. Que esa sea nuestra fiesta; la *contrafiesta*⁹. Se acabaron las fiestas estructuradas, con roles claros y definidos para cada asistente, determinadas por patrones de conducta ya desde la mismísima entrada. Ojalá, pero la fiesta es hoy más opresiva que nunca. Toda fiesta está organizada y definida, etiquetada y establecida por un modelo de actuación. Y si no lo respetas, se te expulsa. Sin embargo, eso es, quizá, lo que siempre has deseado, la expulsión. Porque, de alguna manera, ciertamente de muchas formas, siempre fuiste un aguafiestas. Congregaste a infinidad de gente en tus fiestas y ritos, en la gran mayoría de las ocasiones con la intención de descabezar a los y las participantes. La testa, esa cabeza bien amueblada, ese pedernal racional, la conciencia granítica, fue siempre tu propósito. ¡*Acéphale*! Y por ello te dedicaste al despropósito. Nunca un proyecto; únicamente un deseo, un impulso por

⁷ Bataille, Georges, *La parte maldita precedida de La noción de gasto*, Icaria, Barcelona, 1987, p. 25.

⁸ Bataille, Georges, *El culpable. El aleluya: suma ateológica II*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2017, p. 120.

⁹ Klossowski, Pierre, “De contre-attaque à Acéphale”, en *Tableaux vivants. Essais critiques. 1936-1983*, Gallimard, París, 2001, p. 95.



sentir, por experimentar físicamente el misterio de una ausencia, de un “pecado”¹⁰ tan mortecino como erótico, *libidinal*, sagrado. Te situaste, así, en las tripas del coloso, en plena civilización, reclamando no la luz, sino la cueva, una forma de conectar con el salvajismo y la barbarie, porque para barbarie y salvajismo, los de tu Europa y, por extensión, nuestro mundo ya totalmente colonizado por una economía siempre abusiva. Miraste con buenos ojos la cultura ajena. Y no es para menos, occidente se ha comportado, y se comporta, como un titán que no merece otra cosa que su decapitación. ¡*Acéphale*! La metáfora es clara: la razón occidental ha de ser olvidada; es la forma más extrema de sutil e hipócrita violencia, y sus productos más aberrantes y exterminadores no fueron ni son meros accidentes; el colonialismo, las guerras totales, ya suenen a Wagner o a The Beatles, los fascismos, el calentamiento global y las bombas atómicas suponen ser su fin, su motivo, su destino, su razón de ser. El sentido occidental es la autodestrucción. Eso es precisamente lo que deseas cortar de raíz: el sentido de todas las cosas. ¡*Acéphale*!¹¹

Reclamas un pensamiento ancestral que, en palabras de tu amigo Pierre, se asuma en cuanto simulacro, una simulación de las primeras comunidades neandertales. No te diriges al desvelamiento de la realidad, a la *alétheia* griega, sino hacia una clase de misterio más visceral y rudo. Tu fiesta de las palabras la montas en una cueva, y en esa cueva nos ponemos hasta el culo. En otros términos, la cueva es el límite, es el lugar en el que asumir toda metafísica como magia. La oscuridad de la cueva, si se quiere de la caverna, se erige como luz, como un tenue brillo que apenas permite reflejar nada. La deflagración de la luz proyectada por el *logos*, por la razón que todo aclara, que todo abrasa, que convierte cada parte de nuestro cuerpo en útil productivo, instrumento de trabajo, la contrarrestas con el sacrificio que lleva a cabo tu fiesta: transgresión del “orden establecido”¹². Roger Caillois¹³ te propuso una imagen de lo que es la fiesta, y tú la materializaste. En ella, en tu cueva, la gente pierde el control, disfruta del exceso, del éxtasis, del poder cagar sobre las convenciones más arraigadas. Vas a la raíz, escarbas como los tocinos, únicamente para arruinar ese supuesto confort que tanto miedo nos da sacrificar. Lo dado: a la hoguera; rito y danza ante el Ser; alteración del cuerpo, del nuestro, ese que efectivamente se

¹⁰ Bataille, George, *Discusión sobre el pecado*, Paradiso, Buenos Aires, 2005, p. 62.

¹¹ Bataille, Georges, *Acéphale*, Arena Libros, Madrid, 2015.

¹² Bataille, Georges, *Las lágrimas de Eros*, Tusquets, Barcelona, 2023, p. 63.

¹³ Hollier, Denis, (de.), *El Colegio de Sociología*, Taurus, Madrid, 1979.



encuentra constituido por una estructura social que nos determina como seres dóciles, acomodaticios y, en definitiva, responsables. Tu fiesta es la de la irresponsabilidad, el instante en el que poder olvidar, no como escapatoria, sino como puesta en escena; la culpa cristiana que nos carcome, que nos hace eternamente culpables, se convierte en humo, arde en dicha pira. El cristianismo y su moral al brasero. Demandas irresponsabilidad en un mundo de pregoneros y pregoneras del deber, y lo haces como negación de una inscrita culpa que asfixia.

La fiesta en cuanto momento irresponsable. Esa es tu fiesta, no la mía, no la nuestra; la de hoy, ya lo he dicho, es otra fiesta, una fiesta hecha trabajo: producción de sensaciones apropiadas con respecto a un disfrute mecanizado por la omnipresente industria cultural. Bajo esa luz se da el disfrute, bajo esos focos se baila en la *rave*, bajo el control de todo impulso, sensación y pensamiento. Aunque no siempre, claro; y es ese *no siempre* el que nos interesa. La cuestión no es pensar como lo haría el decadente, afirmando que el pasado albergó la verdadera fiesta del exceso y que hoy, por el contrario, no tenemos más que experiencias inauténticas. No, de lo que se trata es de potenciar e intensificar unos momentos de fiesta que permitirían un deseo de transgresión en las sociedades del ahora. La *rave*, el bar, la casa, la sala de conciertos, unos baños públicos, cualquier espacio, con Bataille, puede transfigurarse en lugar de rito y misterio, en zona insurrecta. ¿Por qué la revolución solo puede darse desde el ámbito racional, desde el trabajo, y no desde la fiesta? ¿Eso nos preguntas? Si es así, habría que hacer de la fiesta el espacio de la insurrección; insurrección con respecto a toda convención, en lo relativo a todo pensamiento, ese pensamiento que, si ser conscientes, nos sale y se muestra de forma natural.

Ese es el motivo de la expulsión, de expulsar palabras a modo de gestos, tratando así de sacar a la luz nuestras inmundicias, aniquilar la naturaleza humana. Filosofía y literatura del mal¹⁴; que expulsa los males, pero principalmente los bienes, esos pensamientos tal útiles y que tanto sirven para conservar una especie humana, demasiado humana, que únicamente sabe vivir en la producción de pensamientos repetidos y repetitivos. Esa naturaleza humana es lo que habría que expulsar, con el fin, y con mucha suerte, de hacer emerger al monstruo; otra clase de Ser que ya no admitiría tal definición, ni ningún tipo de categoría ni nombre.

¹⁴ Bataille, Georges, *La literatura y el mal*, Taurus, Madrid, 1959.



La luz de la verdad, de raigambre platónica y extendida como un “virus”¹⁵ en todas y cada una de nuestras metafísicas, es para ti un *urinario*. De ahí que afirme que tu espacio sea el sieso, la porción ses, la entrada y salida de la gruta. El sieso es el extremo del intestino recto por el cual termina pasando una cantidad ingente de futuras deposiciones. Ese extremo no es otro que el final de la zona lumbar. En otros términos, estamos hablando del pote. Dicho de otra forma, nos encontramos ante la zona final, el límite, a saber, el culo. De alguna manera, quién sabe por qué, se ha presentado ante mis ojos esa imagen, justo en el instante en el que me encontraba leyendo *La experiencia interior*; una experiencia de poder, de poder expulsar lo que llevamos en nuestro interior; un vomitorio, una puerta desde la que poder lanzar la porquería, un *intermedio* desde el que poder deyectar la monstruosidad, la rareza. Tenemos que evacuar. ¿El qué? Nuestra identidad, de eso nos tenemos que deshacer, de algo que únicamente se atisba en el interior de la gruta.

Ahora bien, el ano no solo expulsa, también admite la posibilidad de la introducción, de la introducción de nuevos “dildos”¹⁶; favorece la penetración de pensamientos singulares asimismo penetrantes y modificadores de todo discurso normativo. La vía rectal batailleana, un recto que nada tiene de recto, diluye al pensamiento de la corrección, al pensamiento apropiado, en los juegos del éxtasis, en el disfrute del sinsentido; un vacío que se afirma como posibilidad, como espacio en el que poder albergar discursos impuros, anormales, monstruosos. Ese ano, conexión con el sieso, con la porción ses, como se ha dicho, expulsa gran cantidad de heces, pero permite, a su vez, el acceso a futuras regurgitaciones. Hablamos de posibilitar la entrada de nociones en ciernes, aún en estado de niñez, poco o nada exploradas, para así permitir que el juego filosófico, y artístico, pueda tensar los límites de nuestro pensamiento. Estas nociones, de ningún modo conceptos, habrían de introducirse en nuestras concavidades con el objeto de afectar al organismo institucional.

Somos instituciones andantes, seres conformados por toda una normativa que ha sabido autorregularse. Andamos por el mundo siguiendo un sentido claro, el de la producción, la reproducción y la conservación de la humanidad ya aludida. Tenemos interiorizado un aparataje de conceptos que regula nuestra manera de estar en el mundo, y esa estructura no se sustenta más que a partir de una forma específica de onanismo, de carácter intelectual, que se masturba siempre

¹⁵ VV. AA., *Manifiesto conspiracionista*, Pepitas de calabaza, Logroño, 2022, p. 253.

¹⁶ Preciado, Paul B., *Manifiesto contrasexual*, Anagrama, Barcelona, 2023, p. 15.



con las mismas palabras. Todo esto afecta directamente a nuestra fisionomía, haciendo de nuestra fisiología un cuerpo reprimido y resentido. Ahora, podemos masturbarnos de otro modo, para que sobrevenga otra eyaculación, sin reproducción, otro *squirting*¹⁷, otra puesta en escena de un pensamiento que comenzaría a dejar de ser nuestro. Ni afuera, ni adentro, nada. Con Bataille, el movimiento no es rectilíneo, sino circular, en su irregularidad. Ese es el modo. Los accesos son variados, las prácticas también, los orificios se multiplican y las maniobras se diversifican. La mano carece – ahora – de objeto propio. La mano queda pervertida, y el onanismo del *cogito*, también el del sujeto trascendental, en definitiva, el del yo ante el mundo, e incluso del *Dasein* que está-ahí en su historicidad y en su *conciencia de*, da paso a la maraña de identidades, a una mano multiplicada en innumerables manos, todas ellas monstruosas, inapropiadas, inútiles, siempre impuras y dispuestas a jugar.

Lo único claro es que nada está claro. Y es en el caos y la paradoja donde las entrañas se retuercen, los conductos se curvan y las vías giran entre sí, donde los flujos de este pensamiento tal vez podrían llegar a amenazar la masturbación hegemónica del solipsismo y las eyaculaciones viriles y trascendentales de la reproducción. Poner en juego la orgía, la fiesta, la risa, es el sueño infantil de Bataille, que precisamente adquiere su valor – valor útil en su inutilidad – en dicho carácter infantil, objeto de desdén por parte del intelectual, y que en este momento se revela acto soberano. Y es que aquí el intelectual ya no tiene nada que decir, nada hay en la academia que sea digno de valor para este pensamiento del límite, ya que su lugar es el exterior; un pensamiento del afuera que reclama el exterior de una experiencia transformadora que haga del Ser, de la identidad de todas las cosas, nada, un absurdo, algo digno de risa; de una risa infantil – desencajada – que transformaría el organismo instituido, el cuerpo, en una masa informe, repetimos, monstruosa.

Una de las obsesiones de Bataille fue la “irrisión”¹⁸; una aceptación de la nada, del “no sé nada, absolutamente nada”, que lejos estaría de la tramposa sentencia socrática. Aquí, esta asunción de “la nada (sin empleo)”¹⁹ es otra clase de trampa, una habilidad para hacer caer todo edificio metafísico, y ontológico, en un ejercicio activo de puesta en escena de identidades sin

¹⁷ Bataille, Georges, *Historia del ojo*, Tusquets, Barcelona, 1986.

¹⁸ *Op., cit.*, *La experiencia interior: suma ateológica I*, p. 59.

¹⁹ Fortanet, Joaquín, “Antropologías del no-saber”, en Ezquerro, Jesús y Fortanet, Joaquín, (eds.), *La luz de un gran frío. Ensayos sobre George Bataille*, Casus-Belli, Madrid, 2017, p. 74.



identidad; una forma de transfiguración de toda economía, de todo intercambio. Aquí será el niño el que pervertirá al maestro, el que lo dejará sin palabras, el que, por fin, soltará la incontenible carcajada. Forclusión, el niño hará que hable el cuerpo, en un mundo supeditado al trabajo, al intelecto, a la razón.

A partir de mañana tengo fiesta, tres días de fiesta, y esa fiesta es lo que necesito, y la necesito, la fiesta, porque necesito continuar con mi trabajo, a no ser que haga de mi trabajo una fiesta, y así hacer de mi vida una fiesta continua, aunque sea esta, mi vida, como la de todo el mundo, únicamente trabajo, y solo trabajo, trabajo sustentado precisamente en su supuesta antítesis, la fiesta, pero la fiesta, hoy, no es ya la antítesis del trabajo, ni de nada, básicamente porque la antítesis solo existe en el terreno de lógica hegeliano-platónica, la cual no considera la existencia de tu fiesta, Georges, una fiesta que nada tiene que ver con la mía, con mis próximos tres días de fiesta, tres días de “descanso”, dicen, cuando realmente tu fiesta, Georges, y toda fiesta, nada tiene que ver con descansar. No se descansa jamás.

Bibliografía.

- VV. AA., Manifiesto conspiracionista, Pepitas de calabaza, Logroño, 2022;
- Bataille, Georges, *Acéphale*, Arena Libros, Madrid, 2015;
- Bataille, George, *Discusión sobre el pecado*, Paradiso, Buenos Aires, 2005;
- Bataille, Georges, *El culpable. El alehuya: suma ateológica II*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2017;
- Bataille, Georges, *Historia del ojo*, Tusquets, Barcelona, 1986;
- Bataille, Georges, *La experiencia interior: suma ateológica I*, El cuenco de plata, Buenos Aires, 2016;
- Bataille, Georges, *La literatura y el mal*, Taurus, Madrid, 1959;
- Bataille, George, *Las lágrimas de Eros*, Tusquets, Barcelona, 2023;
- Bernhard, Thomas, *Tala*, Alianza, Madrid, 2007;
- Fortanet, Joaquín, “Antropologías del no-saber”, en Ezquerro, Jesús y Fortanet, Joaquín, (eds.), *La luz de un gran frío. Ensayos sobre George Bataille*, Casus-Belli, Madrid, 2017
- Heidegger, Martin, *Ser y Tiempo*, Trotta, Madrid, 2016, p. 29.
- Hollier, Denis, (de.), *El Colegio de Sociología*, Taurus, Madrid, 1979.
- Klossowski, Pierre, “De contre-attaque à Acéphale”, en *Tableaux vivants. Essais critiques. 1936-1983*, Gallimard, París, 2001;
- Land, Nick, *Sed de aniquilación. Georges Bataille y el Nihilismo Virulento*, Materia Oscura, Segovia, 2021;
- Nietzsche, Friedrich, *Fragmentos póstumos IV*, Tecnos, Madrid, 2006;
- Preciado, Paul B., *Manifiesto contrasexual*, Anagrama, Barcelona, 2023.